XXV.

A la extremidad de las tierras que rodean á Cayenna, capital de la Guyana francesa, y en las islas que la circundan, han sido fundadas penitenciarías á donde son enviados, desde hace varios años, salvas muy raras excepciones, todos los individuos condenados á trabajos forzados por más de ocho años.

Segun una ley reciente, una vez entrados en la colonia, ya no pueden salir de ella. Miéntras son considerados como sentenciados, habitan ó en las penitenciarías flotantes de la rada de Cayenna, ó en las penitenciarías de tierra firme, que consisten en una reunion de chozas que pueden contener treinta personas, y alrededor de las cuales se encuentran las explotaciones agrícolas que les están confiadas. Oficiales de infantería de marina están encargados de dirigir sus trabajos.

En estas penitenciarías la vida es agradable para los presidiarios, si se la compara con la que llevan segun el régimen adoptado en los presidios de Francia. Gozan de una libertad relativa, y sea cual fuere la extension de su condena, pueden abreviarla por su buena conducta.

Extinguida su condena, llegan á ser *libertados*. En calidad de tales tienen derecho á una concesion de tierras, á una casita amueblada y al alimento diario durante dos años. Al terminar el plazo de prueba, la concesion, que era provisional, llega á ser definitiva, y el hombre que la patria ha arrojado de su seno es ya un colono, libre de rehabilitarse por el trabajo, que encuentra en las autoridades del país indulgencia, socorro y simpatía, y que puede hacer que vaya á su lado su familia, ó

casarse, si justifica sus medios de subsistencia.

Esto, como se ve, es una obra esencialmente moralizadora. Está todavía empezando, pero ya ha producido felices resultados. Los criminales arrepentidos que en Francia hubieran sido arrojados vergonzosamente de todos los sitios en que se hubieran presentado, y arrastrados quizá por el desaliento á nuevos crímenes, se dedican animosamente al trabajo con la esperanza de volver al bien y de reconquistar la consideracion. Los ingleses nos habian precedido ya en este camino. Cayenna no es otra cosa que una reproduccion de Botany-Bay.

Se debe tambien á la colonia penitenciaria de la Guyana francesa haber limpiado nuestro suelo de malhechores, que más tarde tal vez hubieran llegado á ser un peligro, y el haber mejorado, y por decirlo así, vivificado posesiones importantes que la intemperie del clima y la falta de brazos nos hubieran puesto un dia en la necesidad de abandonar.

Hace tres años se tropezó con una grave dificultad. Faltaban mujeres en la colonia, y los libertados se hallaban en la imposibilidad de casarse. Entónces se pidieron en Francia, en las casas centrales, en los depósitos de la Asistencia pública y en las casas de correccion, jóvenes solteras ó viudas dispuestas á abandonar la madre patria para ir á establecerse en la Guyana.

Se encontró un gran número de ellas que se decidieron á partir y fundaron dos casas en las orillas del Maroni, la una en San Lorenzo, la otra en San Luis, donde existian ya grupos importantes de libertados concesionarios. Despues, todos los años se envian varios convoyes de mujeres á dicho punto. Margarita, ya lo hemos visto, habia formado parte de uno de esos convoyes y habia entrado en el establecimiento de San Lorenzo.

Por la mañana, á las cuatro, la despertaba la campana. Bajaba á la capilla con sus compañeras, y

despues de una corta oracion se dirigia á los talleres de costura, en los cuales las mujeres están dedicadas á confeccionar vestidos para los sentenciados. De diez á cuatro, es decir, durante el gran calor, podia entregarse al descanso ó trabajar por su cuenta. Desde las cuatro volvia á empezar el trabajo y duraba hasta la hora de cenar; despues se acostaba.

Margarita buscaba en el sueño el olvido de sus penas. Pero el calor, el zumbido y la picadura de los mosquitos, la tenian con frecuencia despierta. Entónces pensaba en el destino que la estaba reservado: ¡casarse con un libertado, un antiguo presidiario, uno de esos hombres que, en su viaje á Tolon con Pascoul, cuando éste la habia robado, habia visto en el arsenal, con blusa encarnada, pantalon amarillento, cubiertos con un gorro verde numerado y caminando dos á dos con grillos en los piés!

Recordaba tambien las confidencias de Moulinet durante su larga travesía. Nunca se habia explicado con claridad, pero no la habia costado trabajo adivinar sus proyectos y sus secretas esperanzas. Queria casarse con ella. No podia dudarlo.

¿Por qué habia de negarse?

A todos aquellos hombres que iban á ofrecerse á ella, y cuyo pasado ofrecia pocas garantías, preciso era confesarlo, ¿no era natural preferir aquel amigo adicto, aquel hombre honrado que la amaba ardientemente, que se habia desterrado por su causa y que la habia perdonado hasta sus crímenes?

Sin duda. Pero por momentos, la Margarita de otros tiempos volvia á parecer, y solia decirse:

«Moulinet es muy viejo para mí.»

Olvidaba el largo martirio de aquel hombre, su sacrificio, su abnegacion, su profundo amor, para pensar en su edad, en su figura, en su conformacion física.

La monótona existencia de las trasportadas encontraba alguna distraccion en los domingos: tenian el derecho de salir é ir á los paseos públicos que rodean á San Lorenzo. Los libertados deseosos de casarse tenian entónces ocasion de verlas, de hablarlas y de escoger una compañera entre aquellas mujeres que la solicitud del gobierno francés les habia enviado.

El amor, en esta circunstancia, no se paga de formas exquisitas y refinadas. Un colono ve una mujer que le conviene, y si él la agrada, el matrimonio se decide inmediatamente. Algunos dias despues, se celebra la doble ceremonia civil y religiosa, y la colonia cuenta con una familia más. En estos encuentros semanales se han arreglado la mayor parte de las uniones á las cuales debe San Lorenzo del Maroni su importancia y su poblacion. Todo pasa á la vista de una autoridad vigilante y severa, y nunca se ha oido hablar de una intriga de mala ley.

Cuando Margarita se presentó por la primera vez en el paseo público, se oyó un grito de admiracion. Los libertados no estaban acostumbrados á ver entre ellos criaturas tan perfectas. Pasaban y repasaban por delante de ella; pero los más osados no se atrevian á detenerse: tan verdad es que la belleza ejerce siempre y sobre todos su prestigio. Al verles adelantarse, y despues alejarse, se les hubiera podido tomar por un grupo de danzarines dando vueltas en torno de la reina del baile y no atreviéndose á invitarla por temor de ser desairados.

Hubo un jóven, sin embargo, que fué más audaz que sus compañeros. Alto y esbelto, llevaba el traje de los libertados: pantalon de tela gris, camisa de lana, sombrero de paja. Su fisonomía revelaba la inteligencia; de seguro, aquel hombre no habia cometido á sangre fria y por cálculo la falta que le habia conducido á Cayenna. Debia haber obrado bajo el dominio de alguna violenta pasion. En efecto, el desgraciado habia sido condenado por crímen

de asesinato. Era corso, y en su país habia dado muerte de un tiro al único heredero de una familia con la cual la suya estaba en *vendetta* hacía dos siglos. Esclavo de una preocupacion odiosa, expiaba los errores de su educacion.

Despues de haberse cruzado con Margarita en varias ocasiones, se decidió á hablarla, saliendo á su encuentro:

—¿Estais dispuesta,—la preguntó,—á pasearos un momento conmigo?

Esta escena pasaba en el hermoso camino que va de San Lorenzo á San Luis, otra penitenciaría situada á una legua de allí. El camino está trazado en medio de un bosque, cuyo espeso follaje protege á los paseantes contra el sol. Por todas partes se extiende hasta perderse de vista esa exuberante vegetacion de los trópicos, admirada y cantada tantas veces.

Margarita miraba á su interlocutor sin contestarle.

—No os sorprenda la manera de presentarme á hablaros,—prosiguió;—esta es la costumbre del país. Todos estamos aquí con el mismo objeto: las mujeres para buscar un marido; los hombres para buscar una mujer. No hay medio de hacerse mucho tiempo la corte. Vos me convenís; si yo tengo la fortuna de conveniros, podremos entendernos.

Ella continuaba mirándole, ruborosa y turbada. A primera vista, no la desagradaba; desde que habia adquirido el compromiso de casarse, la habia sucedido, en sus largos insomnios, buscar en su futuro marido las cualidades corporales que encontraba reunidas en su nueva conquista.

Pero las palabras que acababa de pronunciar el jóven la hacian comprender de una manera cruel su abyeccion, y la recordaban de un modo muy significativo que habia celebrado con el Estado un contrato que era preciso cumplir sin tardanza. Su orgullo, que áun no habia podido ser dominado por

tres años de prision, iba á dictarla alguna contestacion comprometedora en su posicion de deportada, cuando de pronto vió á un hombre que se adelantaba con rapidez hácia donde ella estaba. Le reconoció al punto, se lanzó hácia él, y dirigiéndose á su primer interlocutor:

—El Estado,—le dijo,—exije que yo me case; pero me da el derecho de hacerlo con quien me agrade. Hé aquí el que yo he escogido.

El jóven miró al recien llegado, y conociendo por su traje que era un colono libre, se alejó prudentemente; pero se le oyó murmurar encogiéndose de hombros:

—Si los extraños vienen aquí á quitarnos las mujeres que nos envian, ¿qué nos quedará á nosotros?

Moulinet, pues era él, no podia creer en su felicidad. ¡Cómo! habia cesado al fin su largo martirio! Su sacrificio iba á tener su recompensa. ¡Ah! ¿qué importaba el pasado? ¿Qué importaba el esposo vendido, la sangre vertida?

¿Podia él lamentarse de un crímen al que debia hoy su casamiento con Margarita? Inocente y honrada, nunca hubiera podido elevarse hasta ella. Criminal y sin honra, ella se arrojaba en sus brazos, y él bendecia aquella abyeccion y aquella deshonra.

Caminaban juntos: ella, siempre un poco pensativa, echando una mirada de compasion sobre el jóven corso, cuando pasaba á su lado. Moulinet, orgulloso de pasearse con aquella reina de la belleza, la participaba sus proyectos para el porvenir. Habia obtenido la concesion de un terreno y de una casa que Margarita iria pronto á habitar. Bajo aquel hermoso cielo, en medio de aquella rica naturaleza, podrian, con un poco de trabajo, labrarse una existencia tranquila y feliz.

Ella le escuchaba ahora con simpatía. Sonreía á sus proyectos de porvenir, pero al mismo tiempo

el pasado se aparecia alguna vez ante sus ojos con todos sus recuerdos.

—¿Qué ha sido de Furbicio?—se preguntaba entónces.

XXVI.

Una visita al presidio de Tolon basta para comprender la gran utilidad de los establecimientos que el Gobierno ha fundado en la Guyana francesa. En el presidio, todo revela en el presidiario la existencia de un gérmen de cólera y de rebeldía que nada puede apaciguar. La severidad de los reglamentos, el uso de la cadena, la carencia absoluta de libertad, imprimen á la fisonomía de los sentenciados un carácter bajo y vil. Se lee en sus ajadas facciones la desesperacion que les roe y les lanza á veces á nuevos crímenes, sin provocar jamás en ellos un arrepentimiento sincero.

En la Guyana pueden acariciar la esperanza de una rehabilitacion relativa. La libertad se levanta ante ellos como recompensa de una conducta irreprochable. Nada de cadena, y por consiguiente, nada de esas humillaciones que arrojan más profundamente en el abismo del mal aquellas naturalezas extraviadas. No se les dice sin cesar que son los párias de una sociedad que les ha lanzado de su seno, y que su vida ya no puede tener un fin honroso; se les tiende, por el contrario, una mano compasiva. Se impulsan sus esfuerzos hácia el bien, señalándoles en el porvenir la posibilidad de una sosegada existencia. El arrepentimiento y el trabajo producirán sus frutos, y el más criminal de todos puede pensar que un dia podrá crearse una fortuna y una familia.

La llegada de Furbicio á Tolon tuvo lugar en un

caluroso dia de verano, en la primera quincena del mes de Junio de 1862. Todos los presidiarios estaban trabajando, en los talleres y en los almacenes de madera, segun sus disposiciones y sus fuerzas. Se hizo entrar al antiguo chalan en una sala y se procedió al ferraje, que consiste en rodear la pierna de un *grillete*, ó, por mejor decir, de un anillo de hierro, al cual va unida una cadena de nueve eslabones. Se puso el uniforme del presidio, y le cortaron el pelo en forma de escalones, marca de infamia renovada con frecuencia y que impide muchas veces que las evasiones tengan buen éxito.

Durante tres dias le permitieron disfrutar de un descanso absoluto, despues del cual le unieron, por medio de la cadena, con uno de sus semejantes, y fué destinado á los trabajos del arsenal. Entónces conoció todos los horrores de la vida del presidio.

Su comida se componia diariamente de 915 gramos de pan, de 48 centílitros de vino, y de un potaje de habas distribuido al medio dia durante el verano, y al terminar los trabajos en el invierno. Dormia en uno de los encierros flotantes que están colocados en la rada, á lo largo del arsenal; estos son embarcaciones viejas del Estado, desarmadas y sin arboladura, que recuerdan, en todo, los pontones en que Inglaterra retenia sus prisioneros durante las guerras del Imperio.

Por la mañana, una lancha conducia al arsenal á Furbicio y sus compañeros. Al anochecer los volvia á llevar á bordo.

Un lecho de campo y una manta de lana componian el *ajuar de cama*. Cuando todos los desgraciados estaban tendidos sobre su tabla, un guardachusma reunia todas las cadenas por medio de una varilla de hierro llamada *barra de hacina*, que atravesaba la batería del buque en toda su longitud.

Las primeras semanas de aquella nueva vida abatieron á Furbicio. Pero sólo le preocupaban sus

sufrimientos físicos, sin tener en cuenta la degradacion moral en que habia caido. Su abyecta posicion no le inspiraba ni horror ni vergüenza. Cuando atravesaba los almacenes del arsenal llenos de marinos, de obreros y de curiosos, con su traje de presidiario, abrumado por el peso de su cadena, aniquilado bajo el gorro verde de los condenados á perpetuidad, no bajaba los ojos. ¿Quién le conocia? Ya no era Furbicio, el chalan de Gordes. Era el número 5.344.

Por lo demas, como la mayor parte de sus compañeros, acariciaba secretamente la esperanza de recobrar pronto su libertad.

Enfrente de semejante perspectiva, sin cesar delante de sus ojos, el remordimiento no podia hacer impresion en él. De todo lo pasado no sentia más que una cosa: la torpeza con que se habia dejado coger, proporcionando él mismo y de buena voluntad terribles armas á la acusacion. En cuanto á Margarita, ¿pensaba en ella todavía? Sí, recordaba los instantes de alegría que le habia proporcionado; y este recuerdo, lejos de aliviar sus penas, le producia algunas veces largos y crueles insomnios.

Su vigorosa salud triunfó pronto de las primeras molestias que habia sentido, recobró su audacia natural, y con ella el orgullo de su crímen. Sus aventuras, su proceso y su condena habian hecho demasiado ruido en el Mediodía para no ser conocidas en el presidio de Tolon. Los presidiarios gustan de estar al corriente de los crímenes que se cometen en el territorio frances. Si los elegantes se ocupan de modas, los autores dramáticos de estrenos de obras, los bolsistas de la marcha de la Bolsa, es muy natural que los habitantes de los presidios se interesen en el crímen. ¿No están en su terreno?

Furbicio, por la pasion que habia inspirado á Margarita, su inmenso cinismo y la especie de celebridad que se habia adquirido, habia merecido la

estimacion del presidio; se le guardaron, desde su entrada en la casa, las consideraciones reservadas habitualmente á los sentenciados que han envejecido bajo el gorro numerado. Los ladrones, los falsarios, los incendiarios, los mismos que no tenian sobre su conciencia más que uno ó dos asesinatos sin premeditacion; en fin, la morralla de los condenados á cinco, diez ó veinte años de trabajos forzados, no podia ménos de admirar aquel héroe del adulterio, del envenenamiento y del asesinato, que iba sin orgullo á participar de su suerte.

Furbicio, á falta de otros éxitos, se regocijó de los que obtuvo; se dió importancia con su gloria, y se desvaneció con el incienso que se le prodigaba. Si los guarda-chusmas le designaban de lejos á algun curioso, se le veia contonearse con agrado, como diciendo:

—Sí, sí, yo soy el célebre Furbicio, el asesino de Pascoul, el amante de *la Vénus de Gordes*.

Los mismos comisarios del presidio parecia que guardaban consideraciones al nuevo huésped: en lugar de darle por compañero de cadena á un presidiario vulgar, le habian apareado con otra celebridad del presidio, un antiguo cazador de la guardia imperial, condenado, por un consejo de guerra, á trabajos forzados á perpetuidad por robo y asesinato. Se llamaba Pradeilles, y acababa de cumplir treinta años. Su semblante era enérgico y sombrío. La violencia de su temperamento, secundada por una fuerza hercúlea, se disimulaban mal bajo la fingida dulzura de su lenguaje. Examinándole con atencion, se adivinaba sin trabajo uno de esos séres decididos á todo, y que no retroceden jamás ante las consecuencias más graves de una nueva falta.

Furbicio no podia encontrar en torno suyo un hombre más á propósito para comprenderle, siempre que se tratara de cometer una mala accion. Tenian más de un punto de semejanza. En el fondo del corazon, la misma bajeza; en el cerebro, la misma

audacia; en los brazos, el mismo vigor; en el pasado, la misma infamia.

El dia en que la cadena les unió, los dos nuevos apareados se echaron una mirada profunda. Se estudiaron; se convinieron. Pero se necesitaron seis meses para establecer entre ellos una entera confianza.

—¡Si fuera un espía!—se habia dicho desde el primer momento Pradeilles.

Furbicio habia tenido el mismo pensamiento.

Durante mucho tiempo, cada uno de ellos estuvo sobre aviso y se contentó con dirigir á su compañero las palabras que hacía necesarias su vida comun. Despues llegó un dia en que se contaron su historia. Este fué un primer paso. Otra vez, delante de ellos, un presidiario intentó escaparse. Todo el presidio estaba de acuerdo para proteger su fuga. El miedo y la torpeza la hicieron fracasar.

—¡El imbécil!—exclamó Furbicio;—¡si yo hubiera estado en su lugar!

Pradeilles le miró sonriendo. Se habian comprendido. Pero la vigilancia es tal, sobre todo para los individuos de su categoría, que estuvieron mucho tiempo sin poder intentar nada. Además estaban en invierno, y querian esperar el buen tiempo.

Los que han oido hablar de las costumbres del presidio saben que la conspiracion es allí permanente. Tiene por objeto proteger la evasion de los que la suerte ha designado. Es raro, sin embargo, que estas tentativas tengan buen éxito. Pero no hay nada que pueda con la paciencia de los presidiarios. Veinte veces salen mal, y siempre están dispuestos á volver á empezar. El atractivo de la libertad les hace encontrar dulces los trabajos que pasan por recobrarla. Para la mayor parte de ellos, condenados á no conseguirlo jamás, la vida se pasa así en esas alternativas conmovedoras, hasta el dia de la suprema libertad: la muerte.

Lo que impedirá siempre acabar con la especie

de liga formada en los presidios en pro de las evasiones, es que los presidiarios saben que están apoyados por fuera. Hay alrededor de ellos, aunque de ellos separados, séres consagrados á la obra comun. Existe un fondo general destinado á proporcionar los primeros recursos á los evadidos. Todo está combinado, organizado, colocado entre las manos de un jefe desconocido, que es no se sabe quién, uno ó varios, que vive no se sabe dónde. Tal vez no tiene más que una cabeza, tal vez tambien se llama Legion.

Algunos dias despues de su llegada, Furbicio conoció estos secretos, que le fueron revelados, bajo la amenaza de una puñalada si los descubria. No pensaba en descubrirlos, pero sí en aprovecharse de ellos, y se manejó con tanta habilidad, supo tan bien servirse de Pradeilles, que un dia fué designado para escaparse con su compañero.

Desde aquel momento, el presidio entero llegó á ser su cómplice. Habian renunciado á toda tentativa por agua, pues Furbicio no sabía nadar; por tierra, pues, se buscaron las ocasiones en provecho de ellos. Se las hacian conocer, y ellos decidian si era ventajoso aprovecharse de ellas. Con los reglamentos del presidio, no era posible fijar de antemano el dia y la hora de la evasion. Los incidentes de la vida cotidiana debian facilitarlos. Se trataba de encontrar la ocasion más oportuna. Era preciso llamar la atencion de los vigilantes hácia un punto, á fin de distraerla de aquel en que debia darse el golpe. Tal es la preocupacion constante de los presidiarios. Hay siempre entre ellos y la *chusma* una lucha cuyas peripecias permanecen secretas. No se sabe qué se debe admirar más, si la paciencia de los presos ó la vigilancia de los agentes encargados de su custodia.

Furbicio y Pradeilles conocieron todas las emociones de estas alternativas. Todas las mañanas, cuando la lancha les conducia á tierra, podian decirse:

—¿Será hoy?

Pero llegaba la noche. Era preciso volver. De nuevo los remos golpeaban el agua acompasadamente, y toda esperanza de fuga debia dejarse para el dia siguiente. Eran unos dias terribles aquellos.

Varios meses se pasaron así. Furbicio y Pradeilles hablaban poco. Completamente entregados á una idea fija, no se atrevian á comunicarse sus impresiones. Temian ser escuchados.

Llegó el mes de Agosto.

—Es preciso acabar de una vez,—solia decir Pradeilles, que sabía que el invierno no es á propósito para las evasiones.

Un dia estaban de servicio en el primer patio del arsenal. Este patio solo está separado de la calle por una doble reja colocada entre dos cuerpos de edificio y por un vestíbulo. De aquella reja pende una campana.

—¿Ves esa campana?—dijo Pradeilles.

—Sí,—contestó Furbicio.

—Pues bien: una tarde, uno de los nuestros se encaramó á la cuerda sin hacer sonar la campana. Envolvió el badajo con un lienzo. Despues fué á buscar ocho compañeros, les hizo subir delante de él, les siguió y los nueve se lanzaron al tejado.

—¿Y se escaparon?—preguntó Furbicio jadeante.

—El solo. Estaban á cinco pasos del centinela. Este dió el grito de alarma, pero no tan pronto que no pudiera desaparecer el que habia salido el último. A los demas los atraparon.

Furbicio se quedó largo tiempo silencioso. Aquella historia aumentaba á la vez sus temores y sus esperanzas. Admiraba al hombre audaz cuya aventura acababa de contarle Pradeilles.

—¡Bah! nosotros conseguiremos lo que nos proponemos,—exclamó.

—Cállate,—le dijo Pradeilles sin mirarle.

Un guarda-chusma venía hácia ellos.

Pasaron delante de él silenciosos, con la cabeza baja, arrastrando pesadamente la cadena que les unia.

XXVII.

El 21 de Agosto de 1863 se designó á Furbicio y á Pradeilles para ir á trabajar al almacen de la arboladura. Este almacen es en cierto modo un arsenal en el arsenal. En él se fabrican los mástiles de los buques del Estado, y jamás se vió en un solo punto tanta madera reunida de todas clases y de todos tamaños.

Durante una parte del dia trabajaron bajo la vigilancia de un *cabo*, jornalero encargado de dirigir los trabajos de cierto número de presidiarios. En torno de ellos iban y venian obreros libres, carpinteros de ribera y de taller, que la administracion marítima emplea en gran número.

A eso de las seis, en el instante en que el dia empieza á declinar, y algunos momentos ántes de terminar los trabajos, Pradeilles, que acechaba sin cesar en torno suyo, vió á dos obreros desaparecer detras de un enorme monton de madera. Estos dos hombres medían maderos que debian ser labrados á escuadra el dia siguiente.

—¡Atencion!—dijo Pradeilles.

En seguida lanzó un grito singular, que fué inmediatamente comprendido por sus compañeros reunidos en el almacen; se agitaron, hicieron señas equívocas y llamaron sobre ellos la atencion de la *chusma*.

Entretanto, Furbicio y Pradeilles desaparecian detras de las vigas, se acercaban á los dos obreros que habian visto, y de comun acuerdo, sin haber

pronunciado una palabra, se lanzaban sobre ellos, les derribaban y blandian sobre sus cabezas un compas y un martillo de hierro que acababan de arrancarles.

—No nos hagais daño,—dijo uno de los obreros juntando las manos.

—Corriente, pero daos prisa,—replicó Pradeilles.—Haced saltar la *chapeta*.

Y tendia al obrero su ferrado pié. Furbicio hizo otro tanto.

Cada sentenciado, como ya lo hemos dicho, lleva en la pierna un anillo de hierro llamado *grillete;* este anillo está cerrado por un perno, en cuya extremidad se halla una chapeta remachada sobre un yunque. Las cadenas van unidas al grillete: basta, pues, para *desferrar* á un presidiario, limar la chapeta ó romperla. Los dos obreros, de rodillas delante de los sentenciados que los tenian cogidos por la nuca, los desembarazaron en cinco minutos de sus hierros.

—Ahora,—dijo Furbicio amenazándoles,—desnudaos.

Sin contestar, los dos obreros obedecieron. Furbicio y Pradeilles les imitaron y se pusieron la ropa de los pobres diablos, que á su vez tuvieron que vestirse el uniforme del presidio y colocar, bien ó mal, los grilletes en sus piernas.

Durante esta operacion habia anochecido. Sonó la campana.

—Vais á reuniros con nuestros camaradas,—dijo entónces Pradeilles, colocando su gorro y el de Furbicio sobre la cabeza de los obreros. No direis nada de lo que acaba de pasar, y si la chusma no os reconoce, os quedareis entre los amigos hasta mañana por la mañana. Entónces os explicareis como podais; pero ni una palabra de aquí allá, ó si no... ¡pobres de vosotros!

Todo aquello habia sucedido con tanta rapidez, que los obreros, llenos de estupor y de espanto, no

pudieron hablar hasta pasar un momento, y cuando los dos presidiarios habian desaparecido.

—Si esperamos hasta mañana,—dijo uno de ellos, —creerán que somos sus cómplices.

—Si hablamos ahora,—contestó el otro,—nos matarán como á perros.

Hubo un corto silencio.

Los desgraciados se miraban, temblando todavía, azorados, no pensando siquiera en hacer caer las cadenas que pendian de sus piernas y que se sostenian por milagro.

De repente uno de ellos tomó su determinacion y gritó con todas sus fuerzas: «¡Socorro! ¡favor!»

A los gritos lanzados por los dos obreros trasformados en presidiarios, acudieron los vigilantes, comprendieron lo que habia pasado y se precipitaron hácia las rejas. Acababan de cerrarse despues de salir el último obrero. No habia que dudarlo, Furbicio y Pradeilles ya no estaban en el arsenal.

Al punto, miéntras que unos cuantos agentes se esparcian por la ciudad, visitando las calles oscuras y las casas sospechosas, se dió la alerta, segun la costumbre adoptada en semejante caso. Seis cañonazos disparados de los fuertes, tres por cada uno de los presidiarios, advirtieron de su fuga á todas las autoridades y á los habitantes de Tolon. Las señas de los fugitivos fueron enviadas al prefecto marítimo, al mayor general, á la gendarmería de los departamentos más cercanos, á los comisarios de policía y al inspector de aduanas. En fin, el dia siguiente por la mañana se fijaban carteles en el campo destinados á poner á los aldeanos en guardia contra los vagabundos.

Miéntras se tendia esta red de inextricables mallas en torno de los dos fugitivos, ¿qué habia sido de ellos? Con una suerte poco comun, se habian puesto fuera de alcance. Lo sencillo, lo imprevisto, lo audaz de su plan, les habia dado el éxito. Despues de haber derribado á los dos carpinteros y

vestido sus ropas, se habian unido á un grupo de obreros, y gracias á su disfraz, habian conseguido salir del arsenal sin llamar la atencion de los inspectores de policía que están siempre delante de la puerta. A partir de aquel momento, Furbicio, que no conocia á Tolon, se dejó guiar por Pradeilles en las calles de la ciudad, que atravesaron rápidamente para salir al campo. Siguieron por algun tiempo la orilla del pequeño rio Eygoutier, llegaron á unas tierras labradas y se detuvieron para consultarse.

En el presidio les habian indicado una casa en la cual, dándose á conocer, les sería posible proporcionarse algun socorro. Pero no se presentaron en ella, por temor de ser descubiertos. Además, habian encontrado dinero en los bolsillos de las ropas que habian robado, y aquella cantidad podia bastar á sus primeras necesidades.

—Procuremos llegar á los bosques de Ollioules,—dijo Pradeilles.—Allí únicamente estaremos seguros.

Algunos instantes despues, al pasar por detras del fuerte Lamalgue, que domina la ciudad, oyeron el estampido del cañon.

—Ya han notado nuestra fuga.—dijo Furbicio.

—Sí,—contestó su cómplice,—y debemos apretar el paso.

Es preciso haber vivido en las poblaciones inmediatas á Tolon para comprender el terror causado por la evasion de un presidiario. La noticia va corriendo de pueblo en pueblo. Los labradores preparan su escopeta de caza. Por la noche cierran las puertas de su casa con más cuidado que de costumbre. Constantemente en guardia contra una sorpresa, reciben de muy mala gana á los mendigos y viajeros. Todos temen al presidiario fugitivo como se teme á un perro rabioso. Y, sin embargo, el desgraciado que con tanto trabajo ha recobrado su libertad, no tiene en aquel instante más que un solo pensamiento: ocultarse. Está muy lejos de pensar en atacar y en sorprender. Busca los caminos más desiertos; tiene que temerlo todo de las comarcas habitadas.

Más tarde, únicamente se atreverá á presentarse en ellas cuando el hambre le arroje de los sitios solitarios que por de pronto le han servido de refugio. Al amanecer, es decir, diez horas despues de su fuga, Furbicio y Pradeilles se habian internado en los bosques de Ollioules.

Al salir de Tolon, en una extension de algunas leguas, se encuentran bosques de encinas y de pinos. Los de Ollioules, plantados en medio de las rocas, en el seno de una naturaleza silvestre, ofrecen á los que los conocen más de un asilo seguro. Durante quince dias, los dos evadidos vivieron allí como animales monteses, durmiendo al raso, ocultándose por el dia y acercándose algunas veces, por la noche, á las pequeñas aldeas situadas en los confines del bosque, para hurtar gallinas y huevos, con los cuales se mantenian. Contra lo que generalmente sucede, pudieron librarse de los que les perseguian. Se dieron dos batidas en el bosque; pero como no se tenía la seguridad de que estuvieran allí, no registraron una gruta en la que se habian refugiado.

Cuando pasó este último peligro, se comunicaron sus intenciones. Pradeilles queria ir á París, la ciudad del mundo en que es más fácil ocultarse, y en la que su cuñado, que vivia en la Lozéte, debia proporcionarle socorros y papeles. En cuanto á Furbicio, tambien tenía adoptado su plan. La Camargue le ofrecia un seguro refugio.

Al cabo de quince dias, los dos presidiarios estaban desconocidos. Sus cabellos y su barba habian crecido lo bastante para asegurar su incógnito, y una mañana se separaron. Pradeilles se dirigió hácia París. Furbicio tomó el camino de Marsella: desde allí podia fácilmente pasar á la ciudad de Arles y entrar en Camargue.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO